



Selene al rojo vivo

Jesús Salvador

jsginer@gmail.com

La confluencia de un eclipse total lunar y una súper-luna eran motivos más que suficientes para levantarse a las tres de la mañana e ir a echar un vistazo a nuestra amiga celeste. Trabada por las nubes y las tormentas, su observación desde nuestra tierra fue sin embargo posible y el espectáculo, que casi nunca defrauda, dejó un buen sabor de boca al volver a la cama



FABULOSA IMAGEN DE LA LUNA ECLIPSADA EL PASADO 28 DE SEPTIEMBRE, OBTENIDA POR DOMINIQUE DIERICK (<https://www.flickr.com/photos/7700778@N04/>; y QUE FUE SELECCIONADA COMO APOD, EL 3 DE OCTUBRE SIGUIENTE: [HTTP://APOD.NASA.GOV/APOD/AP151003.HTML](http://apod.nasa.gov/apod/ap151003.html))

La confluencia de un eclipse total lunar y una súper-luna eran motivos más que suficientes para levantarse a las tres de la mañana e ir a echar un vistazo a nuestra amiga celeste. Trabada por las nubes y las tormentas, su observación desde nuestra tierra fue sin embargo posible y el espectáculo, que casi nunca defrauda, dejó un buen sabor de boca al volver a la cama. Difícil descansar más a gusto que tras una provechosa y agradable mirada al Cosmos...

El despertador sonó cuando menos lo deseaba, como suele pasar. Era glorioso dejarse llevar por el sueño,

guiándote por mundos desconocidos y demás pero, más cerca, más acá, me esperaba también un mundo familiar que iba a metamorfosearse. La Luna es juguetona; aunque parece (sólo parece...) que siempre enseña la misma cara sosa y gris, de vez en cuando se divierte poniendo extraños velos, sombras y coloretos singulares en su rostro.

A las 4 y poco de la madrugada estaba prevista la totalidad. Escuché en la cama, poco antes, un diluvio corto pero muy intenso, y temí que el firmamento permaneciera cubierto para entonces. Sin embargo, cuando

me levanté y pegué la nariz al cristal del balcón, el cielo estaba partido en dos: un nubarrón eléctrico y fulgurante parecía alejarse de la posición de nuestra Luna, y alrededor de ésta todo era oscuridad despejada. Me alegré y acerqué un sillón para poder contemplar la escena mejor.

La Luna estaba, como es lógico, cambiada. En el norte dominaba la oscuridad, al centro había varias tonalidades, entre rojizas y grises intensos, y al sur se veía como un casquete polar brillante y blanco.

No había, a esas horas, nadie por la calle. La enorme mayoría de gente dormía en sus casas, o hacía cualquier otra cosa que no quiero ni mentar... Pero, bajo la faz de la Luna, me di cuenta de que, en ese tiempo intempestivo y nocturno, me hallaba lejos de estar solo: desperdigados, aquí y allá, en la misma Gandía, pero también a cientos o miles de kilómetros, otros muchos y muchas colegas estaban mirando lo mismo que yo, disfrutando al divisar la cara mutada del astro de la noche.

Entonces me sentí amparado, protegido y hermanado con todas esas personas que, renunciando a su descanso y a la placidez de la cama, dedicaban su tiempo y su interés en admirar algo tan bello como aquel espectáculo. Otras veces pasamos frío, perdemos horas de sueño, viajamos a lugares remotos y nos separamos de lo que queremos simplemente porque allá arriba, perdido entre esa inmensidad oscura y titilante, hay 'algo' que nos llama. Y queremos conocerlo, queremos aprender, queremos verlo y sentirlo. Cada astrónomo sabe a lo que me refiero. Eso, ese sentimiento, nos une y solidariza. Somos camaradas, hermanos de las estrellas, figurada y literalmente.

Al poco, una nube gigantesca vino acercándose poco a poco. También se acercaba ya la totalidad, pero el cúmulo de vapor de agua se comió la Luna y, como era tan enorme, supuse que pasarían algunos minutos hasta que volviera a despejar. Así que me acomodé en el sofá, estiré las piernas y me quedé dormitando, abriendo un ojo a intervalos para comprobar que el cielo seguía de color amarillo. En condiciones normales, la luz de la Luna llena traspasa muchas veces las nubes y, al menos, se ve un resplandor blanco; sin embargo, con el astro eclipsado, el menor jirón nuboso la difuminaba y atenuaba hasta hacerla desaparecer.

Con el silencio de la calle desierta y el fresco noc-

turno, por poco no me quedo profundamente dormido; afortunadamente, pasó un coche y su ruido me despejó; y entonces vi que, arriba, también había despejado. Eran las 4:35 horas, y la Luna ya estaba en plena totalidad. Se había transformado: era un Marte agigantado, enorme, rojo, sangriento, un Ares selenítico. Una hermosa cara al rojo vivo.

Corrí a por mis 7x50, volví al sofá y me dirigí hacia aquella torta roja que era la Luna, como si le hubiesen echado un chorro de vino tinto por sus cuencas y el líquido hubiera rellenado cráteres, mares y fisuras. Ya la teníamos ahí, la Luna juguetona, la Luna mudada. Seguía siendo ella, pero distinta; como cuando alguien se viste muy elegante acostumbrado a ponerse sandalias y pantalones cortos. Parecía otra. Quizá la luna de otro mundo, como la que podría tener un exoplaneta lejano.

Yo miraba nuestro bermellón satélite y, sin querer, sonreía. No sé muy bien por qué. Era, quizá, la felicidad sencilla de quien contempla algo magnífico y portentoso, ese bienestar que te llega cuando estás haciendo algo que te gusta, algo que llena aunque no reporte dinero, fama, conocimiento ni renta ninguna. En esa tranquilidad nocturna, y con la mente medio adormilada, uno no piensa mucho; sólo disfruta. El Cosmos es un espectáculo mudo, apto sólo para aquellos (es decir, para todos, en potencia) que aprecian las maravillas naturales, que tienen ojos y espíritu para valorarlas y que se conmueven ante la belleza de lo que les rodea.

Perdido un poco en la rojez lunar no advertí que, hacia las cinco de la madrugada, otra salva de nubes opacas y feas se precipitaba para zamparse a la pobre Selene. Como el fin de la totalidad estaba ya muy cerca, y sintiendo algo de pesadez en los ojos y viendo, además, que la masa nubosa era fenomenal, decidí volver a la cama.

Los truenos retumbaban poderosos, como queriendo robarle el protagonismo, pero esta noche era totalmente lunática. Era ella la que mandaba, la que estaba en el foco y la que permanecería en el corazón.

Su rostro, que al cabo de nada volvería a ser gris (pero no soso ni aburrido; eso nunca), quizá también sonreía. Hasta puede que nos guiñara un ojo. Porque una noche más, y ya llevamos millones, volvimos a jugar con ella.

Y ella, claro, con nosotros.